

con mi lanza , haciéndole vomitar la vida envuelta en torrentes de negra sangre. No faltó mucho para que me abrumase en su caída. Tal era su peso y el de su armadura , que el ruido que hizo con el golpe resonó hasta en las montañas. Tomé sus despojos , y me incorporé con Acestes. Luego que Mentor desordenó á los enemigos , los destrozó , ahuyentando á los fugitivos hasta las selvas.

Un éxito tan feliz como inesperado hizo que se le mirase como á un hombre querido é inspirado de los dioses : y Acestes , penetrado de agradecimiento , nos advirtió el riesgo que corríamos si las naves de Eneas volvian á Sicilia. Para evitarle , nos dió una en que pudiésemos restituírnos á nuestra patria , nos colmó de presentes , y nos instó á que sin dilacion partiésemos. No quiso darnos piloto alguno ni remeros de su nacion , porque sin duda hubiera sido esponerlos demasiado , llegado que hubieran á las costas de Grecia. Diónos sí unos comerciantes fenicios , los cuales , como trafican con todas las naciones del mundo , nada tenian que temer : y al mismo tiempo iban encargados de volver el navío á Acestes luego que nos hubiesen dejado en Itaca.

Pero los dioses que se burlan de los designios de los mortales , nos reservaban para nuevos peligros.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

SUMARIO.

*Refiere Telémaco que fué cogido por la armada de Sesostris en el navío tirio , y llevado cautivo á Egipto ; pinta la hermosura de aquel pais , y la sabiduría con que su rey le gobernaba. Refiere que Mentor fué hecho esclavo tambien , y enviado á Etiopia , y que él mismo se vió reducido á guardar un rebaño en los desiertos de Oasis : que Termósiris , sacerdote de Apolo , le consoló enseñándole á que imitase á este Dios cuando fué pastor del rey Admeto. Cuenta tambien que sabidas por Sesostris las maravillas que entre los pastores obraba , le hizo llamar ; y persuadido de su inocencia , le prometió restituírle á Itaca ; pero que la muerte del rey le volvió á sumergir en nuevas desgracias ; que se le puso preso en una torre inmediata al mar , desde donde vió morir al nuevo rey Boccoris en el combate que tuvo con sus vasallos rebeldes , auxiliados por los Tirios.*

**L**IRITADA tenia la altivez de los Tirios al gran Sesostris , rey de Egipto , y conquistador de tantos otros reinos. Con las riquezas que por medio del comercio adquirian , y con la seguridad que les ofrecia la incontestable Tiro , situada en el mar , se habian engreído hasta negarle el tributo que les impuso á la vuelta de sus conquistas , y hasta el extremo de proveer de tropas á su hermano , que á su regreso intentó asestinarle entre los regocijos de un festin.



Para abatir su orgullo , dispuso Sesostris interceptarles el comercio en todos los mares , á cuyo fin cruzaban sus escuadras por todas partes en busca de los Fenicios ; y así fué que no bien empezamos nosotros á perder de vista los montes de Sicilia , y á figurarnos que el puerto y la tierra huían de detras de nosotros á esconderse en las nubes , cuando vimos acercarse una escuadra egipcia , que mas parecia una ciudad flotante. Conociéronla los Fenicios , y quisieron alejarse ; pero ya no era tiempo , porque sus naves eran mas veleras , las favorecia el viento , y estaban mejor tripuladas de remeros : por último nos abordan , nos apresan , y nos llevan prisioneros á Egipto.

En vano les hice presente que no éramos Fenicios ; pues apenas se dignaron oírme , teniéndonos desde luego por esclavos , en que los Fenicios comerciaban ; y así solo pensaban en el valor de la presa. Ya alcanzamos á ver las aguas del mar , blancas con la mezcla de las del Nilo , y vimos tambien la costa de Egipto casi tan baja como el mismo mar. Despues llegamos á la isla de Faros , inmediata á la ciudad de Nó , y desde allí subimos por el Nilo hasta Memfis.

Si el dolor de vernos cautivos no nos hubiese hecho insensibles á todo placer , seguramente hubiéramos sentido el mayor al ver la tierra de Egipto tan fértil y bien cultivada como el mas hermoso jardin , regado por un sin número de canales. Por cualquiera de las dos riberas que tendíamos la vista , se nos ofrecian ciudades opulentas , casas de campo bellamente situadas , tierras que todos los años se cubren de doradas espigas , sin estar jamas de descanso , praderas pobladas de ganados , labradores enriquecidos con las abundantes cosechas que les daba la fecundidad del suelo , pastores que á

todos los ecos de aquellos contornos hacian repetir los acordes sonidos de las flautas y zampoñas.

¡ Feliz , decia Mentor , feliz el pueblo gobernado por un rey sabio ! Vive en la abundancia , en medio de la dicha , y ama al autor de su felicidad. Así es , me dijo , como debes reinar y causar la alegría de tus vasallos , si es que algun dia quieren los dioses que llegues á poseer el reino de tu padre. Amalos como á tus propios hijos , complácete en ser amado de ellos , y haz de modo que cuando gocen de los preciosos dones de la paz y de la alegría , se acuerden presisamente que es de un buen rey de quien los reciben. Los reyes que solo piensan en hacerse temibles y obtener de la opresion la obediencia , con el azote del género humano : logran sí ser temidos como desean , pero tambien son aborrecidos y detestados ; y es mucho mas lo que tienen que temer de sus vasallos , que lo que sus vasallos tienen que temer de ellos.

No es ahora tiempo , le respondí á Mentor , de pensar en las máximas de bien reinar . ¡ Ya no hay Itaca para mí ! ¡ Cuando volverémos á ver nuestra patria , ni á mi madre Penelope ! todo se acabó para nosotros ! Aun cuando Ulises volviese lleno de gloria á su reino , ni él tendria la satisfaccion de verme , ni yo la de obedecerle para aprender á mandar. Muramos , mi querido Mentor ; muramos , que es lo único en que debemos pensar ; muramos , pues que los dioses no se apiadan de nosotros.

Quando llegué aquí , ya los suspiros no daban lugar á las palabras. Pero Mentor que solo temia los males ántes que llegasen , y ya en ellos desconocia el miedo : « ¡ Indigno hijo del sabio Ulises ! me dijo : ¡ qué es esto ! ¡ como así sucumbes á la desgracia ! Sabe que llegará el



dia en que vuelvas á ver á Itaca y á Penelope : sabe que tambien llegará el en que veas cubierto de su primitiva gloria al que hasta ahora no has conocido : sí, el invencible Ulises , que superior á todas las desgracias , y que en sus infortunios , harto mayores que los tuyos , te enseña á que jamas te abatas. ¡ Cuál fuera su desconuelo , si allá en las léjanas tierras adonde le ha arrojado la borrasca , supiese que su hijo no imitaba su paciencia ni su valor ! Esta nueva , despues de cubrirle de vergüenza , era preciso que le fuese mas sensible que todas las desgracias que tanto tiempo hace está sufriendo. »

Despues me iba haciendo notar la alegría y la abundancia que rebosaban por toda la campiña de Egipto , en que se cuentan hasta veinte y dos mil ciudades : admiraba su buena policia , la justicia que en ellas se guarda al pobre contra el rico , la buena educacion de los jóvenes , á los cuales se les acostumbraba á la obediencia , al trabajo , á la sobriedad , y al amor de las artes ó de las letras : la exáctitud en todas las ceremonias de la religion , el desinterés , el deseo de la honra , la fidelidad para con los hombres , y el temor de los dioses que cada padre inspira á sus hijos. No se cansaba de admirar un órden tan excelente. « Feliz , me decia á cada instante , feliz el pueblo que es así gobernado por un rey sabio ; y mucho mas feliz todavia el rey que proporciona la felicidad á tantos pueblos , y que solo funda la suya en su virtud propia. Este sí que será tanto mas dueño de la voluntad de sus vasallos , quanto son mas indisolubles los vínculos del amor que los del temor. Este sí que conseguirá no solo que le obedezcan , sino que gusten de obedecerle ; porqué como reina en los corazones , nada les sería

mas doloroso que la idea de perderle , y así léjos de desearlo , todos darian por él la vida. »

Iba yo reflexionando quanto me decia Mentor , y sentí que al paso que me hablaba , mi valor renacia.

Inmediatamente que llegamos á Memfis , opulenta y rica ciudad , mandó el gobernador que fuésemos á Tebas , para que nos presentasen al rey Sesostris , que queria exâminar las cosas por sí mismo , y que estaba muy resentido de los Tirios. Proseguimos pues nuestro viage subiendo por el Nilo hasta la famosa Tebas de cien puertas , córte de aquel gran rey. Esta ciudad nos pareció de una inmensa estension , y mas poblada que las mas florecientes de Grecia. Es admirable su policia , así por el aseo de las calles , el curso de las aguas y la comodidad de los baños , como por la cultura de las artes , y la seguridad pública. Las plazas están adornadas de fuentes y obeliscos , los templos son de mármol , y su arquitectura sencilla , pero magestuosa. El palacio del príncipe es por sí solo como una gran ciudad : en él no se ven sino columnas de mármol , pirámides y obeliscos , estatuas colosales , y muebles de plata y oro macizo.

Los que nos hicieron prisioneros , dijéron al rey que nos habian hallado en un navío fenicio. Tenia señaladas ciertas horas diarias para oír á cualquiera de sus vasallos que tuviese alguna queja ó aviso que darle : á ninguno despreciaba ni desechaba , porque estaba bien persuadido de que solo era rey para hacer bien á todos sus vasallos , á los cuales amaba como á sus propios hijos. Recibia á los estrangeros con agrado , y gustaba de verlos , no dudando que siempre se aprende algo útil de las costumbres y máximas de los pueblos léjanos.



Esta curiosidad del rey fué causa de que nos presentasen á él. Estaba sentado sobre un trono de marfil, con un cetro de oro en la mano. Era ya anciano, pero de un carácter agradable. Oía diariamente á sus pueblos con una paciencia, y una sabiduría que no necesitaban de la lisonja para la admiracion. Despues de emplear las mañanas en el arreglo de los negocios, y en la mas exácta administracion de justicia, se divertia por las tardes en oír á los sabios, ó en conversar con los hombres mas virtuosos, que sabia muy bien elegir para admitirlos á su trato. Lo único que se le podia motejar en todo el discurso de su vida era de haber triunfado con demasiado fausto de los reyes que habia vencido, y de haberse confiado á uno de sus súbditos, cuyo carácter os describiré bien pronto. Luego que el rey me vió, se compadeció de mis pocos años, preguntóme mi nombre y pátria; y vimos con admiracion que la misma sabiduría hablaba por su boca.

« Ya sabeis, gran rey, le respondí, que el sitio de Troya duró diez años, y la mucha sangre que su ruina costó á la Grecia entera. Ulises, mi padre, fué uno de los reyes que mas particularmente contribuyéron á la destruccion de aquella ciudad; mas ahora anda errante por los mares, sin hallar la isla de Itaca, que es su reino. Yo le ando buscando; pero por una desgracia semejante á la suya, he sido hecho prisionero. Restituidme á mi padre y á mi pátria: así los dioses os conserven para bien de vuestros hijos, y les hagan apreciar dignamente la dicha de vivir bajo la direccion de tan buen padre. »

Continuó Sesostris mirándome con ojos compasivos; pero queriendo averiguar si era verdad lo que yo le ha-

bia dicho, nos envió á uno de sus ministros, encargándole que se informase de los que apresaron nuestra nave, si efectivamente éramos Griegos, ó Fenicios. Si son Fenicios, decia, merecen doble castigo, porque ademas de ser nuestros enemigos, intentan engañarnos con una vil mentira: pero si por el contrario son Griegos, quiero que se les trate benignamente, y que en una de mis naves se les vuelva á su pátria. Soy afecto á la Grecia, porque han sido muchos los Egipcios que han dado leyes en ella. Ademas tengo noticias del valor de Hércules: la gloria de Aquiles se ha estendido hasta nosotros, y admiro cuanto me han contado de la sabiduría del desgraciado Ulises; y sobre todo por el placer que tengo en socorrer á la virtud desgraciada.

El ministro, á quien el rey cometió el exámen, se llamaba Métofis, y tenia un alma tan corrompida y artificiosa, como sencilla y generosa era la de Sesostris. Hizonos varias preguntas procurando sorprendernos; pero como viese que Mentor respondia con mas prudencia que yo, le miraba con aversion y desconfianza, porque es propio de los malvados irritarse contra los buenos. Por último nos separó, y desde aquel momento no supe mas de Mentor.

Esta separacion fué para mí golpe mortal. Esperaba Métofis hallarnos en contradiccion, preguntándonos separadamente; y sobre todo creía deslumbrarme con sus lisongeras promesas, y hacerme confesar lo que Mentor le hubiese ocultado. En fin no buscaba de buena fe la verdad: lo que queria era hallar algun pretexto con que decir al rey que éramos Fenicios para hacernos sus esclavos. Con efecto á pesar de nuestra inocencia, y de la sabiduría del rey, halló medio de engañarle.



¡Pero á quanto no están espuestos los reyes ! Aun los mas sabios son muchas veces sorprendidos : véense rodeados de hombres artificiosos é interesados ; los buenos se retiran, porque ni son entremetidos ni lisongeros ; esperan que los busquen , y los príncipes no saben buscarlos. Por el contrario los malvados son atrevidos y engañosos , solícitos para insinuarse y agradar, diestros en disimular, y prontos á hacer quanto se quiera, aunque sea contra el honor y la conciencia, por satisfacer las pasiones del que reina. ¡ O , cuan desgraciada es la condicion de los reyes siempre espuestos á los artificios de los perversos ! ¡ Y quanto arriesgan , si no desechan la lisonja , y si no aman á los que tienen valor para decirles la verdad ! Estas eran las reflexiones que yo hacia en mi desgracia , acordándome al mismo tiempo de quanto Mentor me habia dicho.

Lo cierto fué que Métofis me envió con sus esclavos hácia los montes del desierto de Oasis á guardar con ellos sus numerosos rebaños.

Aquí llegaba Telémaco , cuando le interrumpió Calipso para preguntarle : « ¡ Y bien ! tu , que en Sicilia preferiste la muerte á la esclavitud , ¿ qué hiciste en esta ocasion ? »

Mi desgracia iba siempre en aumento , le respondió Telémaco. Ya no tenia ni aun el triste consuelo de escoger entre la esclavitud y la muerte : era forzoso ser esclavo , y apurar , por decirlo así , todos los rigores de la fortuna : ya no me quedaba ninguna esperanza ; ni aun una palabra podia decir en mi defensa. Despues me ha dicho Mentor que le vendieron á unos Etiopes , los cuales se le llevaron á su tierra.

En quanto á mí , llegué á unos desiertos tan horrosos como que sus llanuras son encendidos arenales ,

y las cimas de los montes están cubiertas de una perpetua nieve que perpetua en ellas el mas erizado invierno. Los valles son allí tan profundos que apenas consigue el sol hacer lucir en ellos sus rayos. De modo que solo entre las rocas , al comedio de las faldas de aquellas escarpadas montañas , se halla pasto para la manutencion del ganado.

En este país no se ven mas hombres que pastores , tan montaraces como el país mismo. Yo pasaba las noches en llorar mi desventura , y los dias cuidando de un rebaño , por evitar el brutal furor del esclavo principal llamado Butis , que , con la esperanza de alcanzar su libertad , aparentaba el mayor zelo por los intereses de su dueño , siendo un continuo acusador de todos los demas. En tal situacion era preciso rendirme á la desgracia ; y así fué que un dia , oprimido de dolor , me olvidé de mi rebaño , y me tendí sobre la yerba junto á una caverna , esperando allí la muerte por serme ya insoportables mis penas.

En el mismo instante noté que todo el monte se estremecia : las encinas y los pinos como que se desgajaban de la cumbre. Los vientos estaban suspensos , cuando oí que de la caverna salió una voz á manera de bramido , que me dijo estas palabras : « ¡ Hijo del sabio Ulises ! aspira como él al heroismo por medio de la constancia. Los príncipes , que han sido siempre felices , son bien poco dignos de serlo : la molicie los corrompe , y el orgullo los embriaga. ¡ Dichoso tú , si superas tus desgracias , y las tienes siempre presentes ! Volverás á ver á Itaca , y tu gloria subirá hasta los astros. Cuando gobiernes á otros hombres , acuérdate de que has sido débil , pobre , y paciente como ellos : complácete en aliviarlos , ama á tu pueblo , detesta la lisonja , y sabe



que solo serás grande en cuanto seas moderado , y poderoso para vencer tus pasiones. »

Estas divinas palabras penetraron hasta lo íntimo de mi corazón , é hicieron renacer en él la alegría y el esfuerzo. Yo no sentí aquel pavor que eriza los cabellos é yela la sangre en las venas cuando los dioses se comunican á los mortales. Levantéme tranquilo ; y puesto de rodillas , alzadas las manos al cielo , adoré á Minerva , á quien creí deber este oráculo. Inmediatamente me hallé transformado en un nuevo hombre , mi entendimiento iluminado por la sabiduría , y mi espíritu fortalecido para reprimir mis pasiones , y para contener los ímpetus de mi juventud. Grangéeme el amor de todos los pastores del desierto ; y mi afabilidad , mi paciencia y mi exáctitud llegaron por fin á ablandar al cruel Butis , que al principio se habia empeñado en mortificarme.

Para mejor soportar lo enojoso del cautiverio y de la soledad , y divertir la tristeza que me oprimia , busqué algunos libros , que con su instruccion me sostuviesen y animasen. ¡ Felices , decia yo , aquellos á quienes disgustan los placeres violentos , y que saben contentarse con las dulzuras de una vida inocente ! ¡ Felices los que se divierten instruyéndose , y se complacen en cultivar su talento en las ciencias ! Adonde quiera que la fortuna enemiga les arroje , llevan siempre consigo en que ocuparse ; y el fastidio que devora á los demas hombres aun en medio de sus placeres , es desconocido de los que se emplean en la lectura. Felices mil veces los que gustan de ella , y no se ven como yo privados de ejercitarla.

Con estos pensamientos me interné en un bosque sombrío ; donde repentinamente ví un anciano que te-

nia en la mano un libro. Era su frente espaciosa , y un tanto cuanto arrugada : su blanca barba le llegaba hasta la cintura ; su estatura alta y magestuosa ; la tez aun se conservaba fresca y encarnada : ojos vivos y perspicaces , voz suave , palabras sencillas y amorosas ; en fin , jamas habia yo visto un anciano tan venerable. Llamábase Termósiris : era sacerdote de Apolo , á quien servia en un templo de mármol que los reyes de Egipto le habian consagrado en aquel bosque. El libro era una coleccion de himnos en loor de los dioses.

Acercóse á mí cariñosamente , y entramos en conversacion. Contaba tan bien las cosas pasadas , que parecia que se estaban viendo , y con tal concision que nunca me cansé de oírle. El profundo conocimiento que tenia de los hombres y de los designios de que son capaces , le hacia prever lo por venir , y en medio de su mucha gravedad era jovial y placentero , tanto que la mas festiva juventud no tiene la gracia que la ancianidad de este hombre singular.

En breve me tomó inclinacion , y me dió libros que me consolasen : llamábame hijo , é yo le correspondia llamándole padre , y diciéndole muchas veces : « Los dioses que me quitaron á Mentor , se han apiadado de mí dándome en vos otro apoyo. » Este hombre , semejante á Orfeo (1) ó á Lino (2) , estaba sin duda inspi-

(1) Orfeo era hijo de Apolo y de Caliope , una de las musas. Fué sobresaliente en el arte de tocar la lira.

(2) Lino fué tambien hijo de Apolo y de Terpsicora. Fué aun superior á Orfeo en el arte de la música , pues le dió lecciones. Dicen que habiéndose burlado de Hércules , á quien enseñaba á tocar la lira , porque tocaba mal , este héroe le quebró la cabeza con este instrumento.



rado de los dioses. Recitábame los versos que había compuesto , y me daba los de muchos excelentes poetas favorecidos de las musas. Cuando se revestia de su largo manto, que era de una resplandeciente blancura, y tomaba en la mano su lira de marfil, los tigres, los leones, y los osos venían á halagarle y lamerle los pies; los sátiros salían de las selvas para bailar en torno de él; hasta los árboles parece que se conmovían, y vos misma hubierais creído que las rocas enternecidas iban á bajar de su cumbre, atraídas por el encanto de tan dulces acentos. El único objeto de sus cánticos era la grandeza de los dioses, la virtud de los héroes, y la sabiduría de los hombres, que prefieren la gloria á los placeres.

Decíame muchas veces que yo debía animarme, y tener confianza en que los dioses no abandonarían ni á Ulises ni á su hijo. Por último me persuadió á que, á ejemplo de Apolo, enseñase á los pastores á cultivar las musas. Apolo, decía, indignado de que Júpiter turbase con sus rayos el cielo en los días mas serenos, determinó vengarse de él en los Cíclopes que se los forjaban, y así fué que los atravesó con sus flechas, é inmediatamente cesó el Etna de vomitar torrentes de llamas. Ya no se oía el golpeo de los terribles martillos, que descargando sobre el yunque hacían estremecer las profundas cavernas de la tierra, y los abismos del mar. El hierro y el bronce, como que ya no estaba pulido por los Cíclopes, comenzaba á tomarse. Furioso Vulcano sale de su fragua, y aunque cojo, sube con ligereza al Olimpo: llega bañado de sudor y cubierto de polvo á la asamblea de los dioses, y en ella espone sus amargas quejas. Irritado Júpiter contra Apolo, le arroja del cielo, y le precipita á la tierra, y su carro andaba

por sí solo su ordinaria carrera para dar al mundo los días y las noches, y la regular alternativa de las estaciones.

Despojado Apolo de todos sus rayos, se vió en la precisión de ponerse á guardar los rebaños del rey Admeto. Divertíase en tañer la flauta; y los demás pastores venían á oír sus canciones á la sombra de los olmos, junto á una cristalina fuente. Ellos hasta entónces habían tenido una vida salvaje y brutal, y no sabían mas que guiar las ovejas, esquilarlas, ordeñarlas y hacer queso; en una palabra, toda la campiña era un horroroso desierto.

Pero bien pronto les enseñó Apolo las artes que hacen agradable la vida. Cantaba las flores con que la primavera se corona, los aromas que exhala, y el verdor que nace bajo sus pies. Despues cantaba las alegres noches del estío, en que los zéfitos recrean con su frescura, y el rocío templaba la tierra. Tambien mezclaba en sus canciones los dorados frutos con que el otoño recompensa los trabajos del labrador, y el ocio del invierno, durante el cual la alegre juventud baila al rededor del fuego. Pintaba en fin las selvas sombrías que cubren los montes, y los hondos valles en que los rios con sus giros variados parece que juguetean en las risueñas praderas. Asimismo les dió á conocer cuantos son los atractivos de la vida campestre cuando se sabe disfrutar lo que la sencilla naturaleza tiene de agradable.

Muy luego se viéron los pastores mas felices con sus zampoñas que los mismos reyes. Sus cabañas atraían una multitud de placeres inocentes que huyen de los palacios dorados. Los juegos, las risas y las gracias acompañaban á los inocentes pastores: todos los días eran para



ellos festivos. Allí ya no se oía mas que el gorgo de las aves, el dulce soplar de los céfiros que se mecían en las ramas, el murmullo del agua cristalina que caía de alguna roca, ó las canciones que inspiraban las musas á los pastores que seguían á Apolo. Enseñáales este dios á ganar el premio de la carrera, y á herir con las flechas los gamos y los ciervos; y les instruyó tanto, que los mismos dioses llegaron á envidiar su vida, pareciéndoles mas apreciable que toda su gloria, y volviéron á llamar á Apolo al Olimpo.

Esta historia, hijo mio, te debe servir de instruccion, pues que te hallas en el mismo estado en que él se halló: desbasta esta tierra salvage; haz como él que florezca el desierto; enseña á los pastores el encanto de la armonía, suaviza la ferocidad de sus corazones; hazles que conozcan la santa virtud, y que sientan cuan dulce es gozar en la soledad los inocentes placeres de que nada es capaz de privar á los pastores. Día llegará, hijo mio, llegará dia, en que las penas y crueles cuidados que rodean ó los reyes, harán que en el trono te acuerdes de la vida pastoril.

Despues de decirme esto, me dió una flauta tan dulce, que los ecos de aquellos montes hiciéron que resonase en todas partes, y bien pronto atrajéron al rededor de mí á todos los pastores vecinos: mi voz tenia una armonía divina, é yo me sentí conmovido, y como enagenado para cantar las gracias con que la naturaleza adorna el campo. Así pasábamos los dias enteros y parte de las noches cantando juntos. Olvidados los pastores de sus cabañas y rebaños, estaban suspensos é inmóviles al rededor de mí mientras les daba leccion: en una palabra la agreste rusticidad de aquellos desiertos parecia haber enteramente desaparecido. Todo era ya en ellos

agradable y risueño; de modo que la civilizacion y cultura de los habitantes parecia que se comunicaba al terreno mismo.

Juntabámonos á menudo á ofrecer sacrificios en el templo de Apolo. Iban los pastores coronados de laurel en honor del dios, y las pastoras danzando, y coronadas de flores, llevaban en la cabeza los canastillos en que iban los dones sagrados. Despues del sacrificio teníamos un banquete campestre, en el cual los mas esquisitos manjares eran la leche de las cabras y ovejas, y las frutas recién cogidas por nuestra mano, los dátiles, los higos y las uvas. Los céspedes nos servian de asientos, y los árboles frondosos nos cubrian con su sombra mas apreciable que la de los dorados techos de los palacios reales.

Pero lo que acabó de hacerme famoso fué que un dia se arrojó á mi rebaño un leon hambriento. Ya empezaba á hacer en él una horrible carnicería, euandoyo sin tener á mano mas que mi cayado, me tiré á él denodadamente: eriza el bruto su melena, me enseña dientes y garras, abre su voraz y encendida boca, lanza fuego por los ojos, y con la larga cola se bate sin cesar los hijares. No obstante logré aterrarle, gracias á la pequeña cota de malla de que iba revestido segun el uso de los pastores egipcios, que seguramente me libertó de ser hecho pedazos. Tres veces le derribé, y otras tres veces se volvió á levantar, dando tan terribles rugidos, que en todos los bosques resonáron. Por fin le ahogué entre mis brazos; y los pastores testigos de mi victoria, me hiciéron vestir la piel de aquel feroz animal.

La fama de esta accion, y la feliz mudanza de los pastores se estendió por todos los ámbitos del Egipto, y llegó hasta el mismo Sesostris, con la noticia de que



uno de los dos cautivos tenidos por Fenicios era el que habia hecho renacer el siglo de oro en aquellos desiertos, casi inhabitables. Como el rey tenia pasion á las musas, y á todo cuanto podia servir de instruccion, quiso verme, me vió, y me oyó con gusto; y luego que descubrió que Métofis por su avaricia le habia engañado, le condenó á prision perpetua, quitándole todas las riquezas que injustamente poseía. ¡ Ah! decia, ¡ qué desgraciado es el hombre que se ve elevado sobre los demas! Apénas le es posible ver por sí la verdad: los mismos que le rodean impiden que nadie se le acerque; todos tienen intereses en engañarle, y todos, bajo la apariencia de zelo, ocultan su ambicion. Se aparenta amar al rey; pero lo que se le ama es tan poco, que por alcanzar sus favores se le adula y se le vende: lo que se aman, sí, son las riquezas que da.

Desde entónces me distinguió Sesostris con su cariño, y resolvió enviarme á Itaca con naves y tropas para librar á Penelope de sus amantes. Ya estaba pronta la escuadra, é ya solo pensábamos en embarcarnos. ¿ Quién no habia de admirar estas mudanzas de la fortuna, que sabe elevar de un golpe á los que mas abatidos tiene? Esta reflexion me hizo concebir la esperanza de que muy bien podria suceder que Ulises volviese á su reino despues de algun largo contratiempo, y tambien discurria entre mí que aun podria volver á ver á Mentor, aunque le hubiesen llevado á los paises mas incógnitos de la Etiopia.

Pero en el corto tiempo que retardé mi partida, por ver si podia adquirir de él algunas noticias, murió de repente el anciano Sesostris, y su muerte volvió á sumergirme en nuevas desgracias.

Todo el Egipto se mostró inconsolable por esta pér-

dida. Cada familia creía haber perdido su mejor amigo, su protector, su padre; Jamas, exclamaban los ancianos, alzadas las manos al cielo, jamas tuvo el Egipto un rey tan bueno, ni volverá jamas á tenerle! ¡ O dioses! ¡ cuanto mejor fuera, ó no habérsele mostrado nunca á los hombres, ó no quitársele jamas! ¿ Por qué hemos de sobrevivir al gran Sesostris? Ya, decian los jóvenes, ya se han desvanecido las esperanzas de Egipto. ¡ Qué felicidad la de nuestros padres en haber pasado su vida bajo el gobierno de tan buen rey! pero nosotros, nosotros solo le hemos conocido para llorar su pérdida. Sus domésticos le lloraban noche y dia; los habitantes de los pueblos mas léjanos acudieron en tropas por espacio de cuarenta dias que duraron los funerales. Cada cual queria ver por la última vez el cuerpo de Sesostris, y conservar su imágen; y muchos hubieran querido ser con él sepultados.

Pero lo que aumentaba mas el sentimiento de su pérdida, era que su hijo Boccoris ni tenia humanidad con los estrangeros, ni aficion á las ciencias, ni amor á la gloria, ni estimaba á los virtuosos. La misma grandeza de su padre habia contribuido á hacerle tan indigno de reinar. Criado en la molicie, y en una especie de fiereza brutal, no tenia en nada á los hombres, pareciéndole que solo habian nacido para él, que se creía de una naturaleza superior á la suya. Solo pensaba en satisfacer sus pasiones, y disipar los inmensos tesoros que con tanto cuidado habia ahorrado Sesostris; en affligir á los pueblos, desangrar á los infelices, y por fin en seguir los lisonjeros consejos de los jóvenes insensatos que le rodeaban, al paso que alejaba de sí con menosprecio á los sabios ancianos que habian merecido la confianza de su padre. En una palabra era un monstruo, no un



rey. Todo el Egipto gemia; y aunque el nombre de Sesostris, tan caro á los Egipcios, les hizo sufrir la cruel y pérdida conducta de su hijo, este corría por sí mismo á su perdición, y era imposible que un príncipe tan indigno del trono le ocupase mucho tiempo.

Para complemento de mis desgracias, halló Métopis medio de salir de la prisión, y de restablecerse en la gracia del nuevo rey; y así le fué fácil vengarse de la desgracia que yo le habia ocasionado, haciéndome encerrar en una torre á la orilla del mar, cerca de Pelusa, donde debiamos de habernos embarcado si Sesostris no hubiese muerto. Ya no me quedaba ni aun la mas remota esperanza de volver á Itaca. Todo cuanto me predijo Termósiris, é yo habia oido en la caverna me parecia un sueño. Allí pasaba los dias y las noches en la mas profunda tristeza, en el mas amargo dolor. Veía las olas del mar que venían á estrellarse al pie de la torre, y muchas veces me ocupaba en ver los navíos, que agitados por las borrascas, estaban espuestos á estrellarse contra las rocas que servian de cimiento á la torre; pero léjos de compadecer á tantos infelices amenazados de naufragio, envidiaba su suerte; porque á lo ménos, decia, tendrán pronto fin sus desgracias, ó llegarán á su pátria: ¡Mas ay de mí! ¡que no puedo esperar ni lo uno ni lo otro!

Miéntas que así me consumía en inútiles reflexiones, alcancé á ver tantos mástiles de navío, que se me figuró un bosque: debajo de las velas henchidas por el viento desaparecia el mar espumoso con el incesante golpeo de los innumerables remos, y por todas partes se oía la confusa gritería del pueblo. De los Egipcios que habia en la playa, unos corrían asustados á las armas; y otros parecia que salían á recibir la armada que llegaba.

Inmediatamente reconcí que de aquellas naves extranjeras, las unas eran de Fenicia, y de la isla de Chipre las otras: ya empezaban mis infortunios á darme algunos conocimientos respectivos á la marina. Parecióme que los Egipcios estaban divididos entre sí, y no tuve dificultad en creer que el insensato Boccoris hubiese con sus violencias causado alguna rebelion, y encendido la guerra civil. Con efecto, desde lo alto de la torre fuí espectador de un sangriento combate.

Porque los Egipcios, que habian llamado en su socorro á los extranjeros, despues de proteger su desembarco, atacaron á los otros Egipcios mandados por el rey en persona, que semejante al dios Marte animaba á los suyos con su ejemplo. A su rededor corrían arroyos de sangre: las ruedas de su carro nadaban en ella; y apenas podían pasar por cima de los montones de cadáveres destrozados. Este jóven rey, bien formado, vigoroso, y de una fisonomía áltiva y feroz, tenia en sus ojos retratado el furor y la desesperacion, y á manera de un hermoso alazan corría desbocado y sin eleccion hácia donde le llevaba su ardimiento. No dirigía la prudencia al valor, ni sabia reparar sus faltas, ni dar órdenes oportunas: no prevenía los males que le amenazaban, ni sabia contemporizar con aquellas personas que tanto habia menester; y no por falta de talento, que sus luces eran iguales á su valor; pero como nunca habia aprendido en la adversidad, les fué fácil á sus maestros pervertir con la lisonja su buen natural. Y así era, que poseido de su poder y de su fortuna, creía que todo debia ceder á sus fogozos deseos; la menor resistencia exáltaba su cólera, é ya entónces ni racionaba, ni estaba en sí: su orgullo desenfrenado le transformaba en fiera.



Su bondad natural, y la recta razon le abandonaban al instante. Hasta sus mas fieles criados se veían precisados á huir de él. Solo los que adulaban sus pasiones, merecian su cariño: así tomaba siempre partidos estre-  
mados y opuestos á sus verdaderos intereses, y obligaba á todos los hombres de bien á que detestasen su loca conducta.

Largo rato le sostuvo su valor contra la muchedumbre; mas al fin acabáron con él. Yo le ví morir. Atravesóle el pecho el dardo de un Fenicio; fuéronse las riendas de la mano, y cayó del carro á los pies de los caballos. Un soldado Chipriota le cortó la cabeza, y tomándola por los cabellos, la mostró como en triunfo á todo el ejército victorioso.

Toda mi vida me acordaré de haber visto aquella cabeza nadando en sangre, cerrados y amortecidos los ojos, pálido y desfigurado el rostro: aquella boca entreabierta, como queriendo acabar de pronunciar palabras empezadas; y aquel gesto altivo y amenazador, que ni aun la muerte habia podido borrar. Toda mi vida le tendré presente. Y si los dioses me concediesen que reine algun dia, me servirá tan funesto ejemplo de un continuó recuerdo de que un rey no es digno de serlo, ni su poder le hace feliz, sino en cuanto le somete á la razon. Porque, ¡qué mayor desgracia para un hombre destinado á ser el autor de la felicidad pública, que ejercer el poder que tiene sobre tantos hombres en labrarles su desventura!

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

## LIBRO TERCERO.

### SUMARIO.

*Refiere Telémaco que el sucesor de Boccoris volvió todos los prisioneros tirios: que él mismo fué conducido á Tiro en el navío de Narbal, comandante de la armada tiria, y la pintura que este le hizo de Pigmalion, su rey, temible por su avaricia. Refiere tambien que Narbal le instruyó en los reglamentos del comercio de Tiro, y que ya iba á embarcarse en un navío de Chipre para ir por esta isla á la de Itaca, cuando descubrió Pigmalion que era extranjero, y quiso ponerle preso: que estuvo entónces á pique de perecer; pero que Astarbe, dama del tirano, le libertó, haciendo morir en su lugar á un jóven que la tenia irritada porque habia despreciado su amor.*

**A**DMIRADA estaba Calipso oyendo tan bien razonados discursos; y lo que mas la agradaba era la ingenuidad con que Telémaco referia los defectos en que habia incurrido por su ligereza, y por falta de docilidad á los consejos del sabio Mentor. Hallaba la diosa una generosidad y grandeza de alma extraordinaria en un jóven, que no se perdonaba á sí mismo, y que tan bien habia reflexionado sobre sus mismas imprudencias, que de ellas habia aprendido á ser sabio, prudente y moderado. Continua, le dijo, mi querido Telémaco, que deseo con impaciencia saber como salistes de Egipto,